

AE  
& I  
✿

**Leif Garrett**

**en el dormitorio**

**de mi hermana**

**Ignacio Elguero**

## Índice

Portada

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

XLIII

XLIV

XLV

XLVI

XLVII

XLVIII

XLIX

L

LI

LII

LIII

LIV

LV

LVI

LVII

LVIII

LIX

LX

LXI

LXII

LXIII

Canciones

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

I

La llamaban Zira, pues tenía cierto parecido con la mona que le daba un beso a Charlton Heston en *El planeta de los simios*. Su nombre es Teresa.

La habitación está en silencio, como aislada del mundo. Es junio. Las persianas a medias dejan que la luz dibuje espacios por las estrechas rendijas de la madera. Levemente entreabierta, la ventana permite el paso del viento blanco de la tarde. Es el escenario perfecto: la calma del orden, un orden único, privado. Casi un universo.

Teresa se sienta sobre la cama, despacio. El tiempo parece que habitara cada punto luminoso que cruza de un lado a otro su dormitorio: rejas de luz de un templo que va a ser en breve desacralizado.

Se tumba con suavidad sobre la colcha, como si evitase arrugarla. Mira las manchas del techo, las paredes, los muebles. Todo se vuelve transparente, incorpóreo, como el eco de un vuelo.

El timbre de la puerta de la calle rompe la quietud de la escena. Parece un llanto.

—Ya abro, hija. Serán los de tu mudanza.

Teresa se frota los ojos, se incorpora, levanta la persiana. La luz, como quien invade un lecho, entra plena, gozosa; da forma y color a los objetos. La madre se dirige hacia el telefonillo del portero automático.

—¿Sí?

—Mudanzas Express, señora.

—Bien, les abro.

Cuatro jóvenes, con excesivo alboroto, suben provistos de cajas, cuerdas y papel de embalaje. Teresa les recibe en la puerta.

—Acompáñenme, todo lo que hay que recoger está en aquella habitación: el armario, la cama, la mesilla y las cajas embaladas junto a la pared. Unas son de libros, otras de discos de vinilo. He puesto un aviso de «frágil» para que lo tengan en cuenta.

—No se preocupe. ¿Está vacío el armario, señora?

—Sí, sí.

A sus cuarenta y nueve años, a Teresa le sigue chocando que la llamen *señora*. Posiblemente, a los ojos de esos jóvenes no sea más que una señora, una mujer madura, pero ella se siente joven, casi tanto como aquellos mozos. Como si el tiempo fuese algo que les sucede a los otros.

Los muchachos van vaciando rápidamente el dormitorio. Solo queda por abordar el armario. Tres de ellos agarran a pulso el pesado mueble de roble.

—No se puede desmontar, es una sola pieza, chicos — se dicen.

Comienzan la maniobra. Teresa observa la escena con curiosidad. ¿Cómo harían para sacarlo? ¿Cómo había entrado en aquel cuarto, por aquella puerta? ¿Cuándo?

Para ella era simplemente su armario, el armario de su dormitorio, eterno, infinito. Había nacido con ella. Nunca se había preguntado por su origen. ¿Cuándo lo compraron sus padres? ¿Acaso era una herencia de familia? Recuerda el día que lo movieron de pared a pared para acomodar una mesa de estudio. Pesaba mucho, demasiado, como les pesaba ahora a los mozos de la mudanza.

Lo giran. Vuelven a girarlo, otro giro, y otro. Se roza en un lado, levemente. Sale. Lo sacan. Es el último objeto, el viejo barco que abandona un muelle. El cuarto queda vacío.

De pronto, Teresa compone una simpática mueca de sorpresa. Sobre la pared, oculta desde hacía años por el

viejo mueble, aparece descolorido, cubierto de polvo y salpicado de pintura un viejo póster de Leif Garrett.

El tiempo detenido. La vida estancada en aquel póster. Un rincón del pasado, intacto, puro; pintura rupestre, galería de los recuerdos. Leif Garrett vivo, como ella; joven, como su pasado: el tiempo ido.

Por un momento, Teresa percibe que el efebo le habla. Quizá aquella imagen del dorado muchacho, sujeta a la pared por antiguas chinchetas de colores y oculta durante tanto tiempo, fuese ahora el ancla de la vida, o tal vez lo contrario, la señal inequívoca de que todo se acaba: la juventud, los padres, los amigos, la propia vida, que se va pasando más deprisa de lo que uno pensaba.

II

—Me toca a mí. Quita eso.

—No, estoy yo, te esperas.

—Yo llegué antes, pero me fui a buscar el disco a mi cuarto, así que quita el tuyo.

—No, te esperas a que acabe.

*Yes, my heart stood still,  
yes, her name was Jill,  
and when I walked her home,  
Da doo ron ron ron da doo ron ron...*

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Mamá, Teresa no me deja escuchar mi disco de Shaun Cassidy.

—Que lo quite, yo llegué antes.

—Bueno, bueno, deja que tu hermano ponga el suyo y luego tú pones el tuyo. Además, hija, ¡ya nos sabemos esa canción de memoria!

—Me da igual, quiero oírla otra vez.

Teresa apretó contra su pequeño pecho adolescente el single *I Was Made for Dancing*, de Leif Garrett, y suspiró como la colegiala que era, con un ademán ingenuo y dulce.

—Además, mamá, he visto cómo le daba un beso al póster de su cuarto.

—¡Tú te callas, niño, o te la cargas! —gritó Teresa al tiempo que le soltaba un manotazo al brazo de la aguja del tocadiscos y se alejaba camino de su cuarto. Su hermano, enfurecido, le gritaba toda serie de insultos, alzando la voz



sobre los compases rayados del *Da doo ron ron, da doo ran ran* de Cassidy.

—¡Asquerosa, imbécil, me lo vas a pagar!

—Y tú eres un mariquita. ¡Te gustan los rubios! ¡Marica, marica, maricón!

Teresa cerró la puerta de su cuarto de un portazo y echó el pestillo. Suspiró varias veces y cogió aire para recobrar la calma. Luego se colocó frente al póster del ídolo quinceañero, que ocupaba media pared frente a la cama, y comenzó a despojarse del uniforme del colegio. Completamente desnuda, lo miró cara a cara.

—Ahora ya puedes hacer conmigo lo que quieras...

*I was made for dancing  
All, all, all, all night long  
Yes, I was made for dancing  
All, all, all, all night long.*

—Así, así, bien, sigue, sí...

—No vendrán tus padres, ¿verdad? Ahh... ahhh...

—No... Ahhh..., sí, sigue...

—¿Sí o no?

—No, tonto, no pares ahora... Ahh, ahhh.

El joven succionó los pezones de Teresa, agarró sus nalgas con ambas manos y aceleró sus movimientos, de adelante hacia atrás. Ella, tras seguir su ritmo durante unos instantes, se sacudió por el orgasmo. Él, superado el vértigo del dormitorio en casa ajena, logró el suyo unos segundos más tarde. Tras yacer un breve instante sobre ella, desmañado, se retiró a un lado de la cama con la delicadeza propia del momento. Le besó las mejillas y los hombros; luego los pechos y el ombligo, después el sexo. Se quedó boca arriba, mirando el techo, como ella. Tras resoplar un par de veces, como un pez que boquea, volvió a las obsesiones del intruso, del ladrón, del furtivo.

—¿Seguro que no vendrán tus padres?

—¡Qué pesado! Te digo una cosa, Julián: no te vuelvo a subir a casa, siempre estás con lo mismo. ¿Acaso crees que a mí me gustaría que me pillaran contigo en la cama?

—Ya, pero suponte que un día llegan antes de tiempo y nos pillan.

—Pues nada, les diría las cosas como son: «¡Hola, papá! ¡Hola, mamá! ¿Qué, ya estáis aquí? Veréis, me vuelvo a mi cuarto, es que estoy follando con Julián. Hoy no le ha dejado el coche su padre y no teníamos dónde hacerlo». ¿Qué te parece?

—Muy graciosa.

Teresa se levantó, sacó unas bragas blancas del armario y se las puso. Luego una camiseta de color rosa claro. Tiene Su cuerpo era delgado, atractivo, con curvas muy definidas. Pechos medianos, de pequeños pezones, bien alzados, y una relación cadera-cintura equilibrada, que le daba encanto a su figura. Sin exageraciones. Deseable.

—Venga, Julián, vístete y vete. Mañana no quiero pasarme el domingo con sueño y con resaca, que el lunes tenemos examen de Penal. Además, pueden llegar mis padres... —rio.

Julián se incorporó con la pereza propia del ocioso y se sentó en la cama. Tras pasarse las manos por el rostro, espabilándose, se atusó el pelo. Miró al frente.

—¿Hasta cuándo vas a tener ese póster de Leif Garrett ahí clavado? ¿No crees que ya eres mayorcita? ¡A ver si me voy a tener que poner celoso!

Teresa le sacudió en la cara con la almohada.

—Venga, vete. Lo tendré hasta cuando quiera.

Y le susurró algo al oído:

*Moonlight dancing...*

### III

—¡Señora!, ya está todo.

—Ah, bien. Perfecto. El portero les abrirá la puerta de la vivienda, ya está sobre aviso y subirá con ustedes. En el suelo encontrarán una serie de carteles indicando dónde va colocada cada cosa. No tendrán problema, es un piso pequeño.

La madre de Teresa, doña Maruja, supervisaba la pequeña mudanza con la curiosidad propia de viejos y críos, esa que la sacaba de la rutina de la tele y el café con suizo. Antes de que los intrusos se marchasen dio paso a las normas de cortesía.

—¿No quieren tomar nada? Un anís, un jerez, un chocolate...

—No, gracias, señora, tenemos prisa, ya sabe: ¡Mudanzas Express!

—Ah, sí, vale, vale, jóvenes...

Teresa cerró la puerta de la calle. Al fondo del pasillo, mirando hacia la habitación vacía, su madre.

—¿Para qué querrás esas cosas en tu casa, hija, si no te caben...? Aquí no estorbaban nada. Pero ¿dónde vas a meter ese armario? ¿Y la cama?

—No te preocupes, mamá, cambio unos trastos por otros. La cama y el armario los pongo en el cuarto de Julito, los suyos están peor que estos.

Teresa se dirigió a su antiguo dormitorio. Vacío. La sensación era extraña. Resultaban otras las dimensiones, otro el olor, la luz, el eco. Aquella habitación era un cuaderno,

un diario, un álbum, un mundo ahora vacío. Demasiados recuerdos para un cuarto desocupado. Permaneció de pie, apoyada tras la puerta cerrada.

—¿Qué haces, hija?

«Nada», pensó. Pero no contestó a su madre.

—¿Teresa?

—Pienso, mamá. Pienso —dijo al fin.

—No hay quien te entienda, hija.

Maruja se alejó por el fondo del pasillo hacia otra estancia. Teresa se quedó en la habitación vacía, sin sombras, como un hueco. Aún vibraban las formas antiguas de los muebles. Y ella misma, como un fantasma. Su pasado en la cuna, en las literas, en la cama. Jugando a las muñecas, a los soldados, con su hermano, sola. Rayando el parqué con los patines de hierro. Encerrada, llorando por esto y por aquello. Vistiéndose, desvestiéndose. Estudiando sola, con sus amigas. Tocándose, haciendo el amor con Julián. Yéndose a casar. Volviendo los domingos, cuando se visita a los padres que envejecen. Luego solo a la madre. De regreso unos años después, separada, con un hijo. Marchándose de nuevo.

Teresa arrimó su cuerpo a las paredes y extendió las manos, palpando la superficie. Como una viuda que se aferra a los relojes en marcha del marido, de un muerto propio. Allí permaneció con los brazos en cruz, abrazada a la nada, o a todo, recordando...

*When I was young, it seemed that life was so wonderful,  
a miracle, oh it was beautiful, magical...*

—¡Niña, baja esa música!

—¡Si no está alta!

—¡Vas a dejarnos sordos a todos!

*The Logical Song*, de Supertramp, estrenaba su nuevo tocadiscos Philips estéreo. Tronaba más allá de su cuarto.

Aquella canción la excitaba especialmente, sobre todo sus primeros compases. Le gustaba escucharla bien alta. Más alta. Más...

*And all the birds in the trees,  
well they'd be singing so happily,  
joyfully, playfully watching me.*

—¡Baja esa música, Teresa!

*But then they send me away  
to teach me how to be sensible,  
logical, responsible, practical.*

Aquella canción era la banda sonora de su primera vez. La primera vez nunca se olvida. De ello hacía tan solo quince días. La vez del deseo, de la curiosidad, de la vergüenza. La del sexo propio y el ajeno. La del cómo, con quién, ¿me dolerá? También la primera vez de una copa, dos copas, tres copas. Fue en la casa de su amiga Ana, en una de esas fiestas de sábados sin agobios de horarios, cuando los padres se marchan a la sierra y los hijos engañan o mienten o las dos cosas y hacen lo que les viene en gana porque son jóvenes. «Que estudies, hija. Recuerdos a Teresa. No os juntéis más, si acaso Pilar y ya está, que os pondréis a hablar de vuestras cosas y no pegaréis ni golpe. Os dejo bocadillos de foie gras en la cocina, y no tomes demasiada Coca-Cola, que ya sabes que te quita el sueño.»

Quince, veinte personas. Chicos y chicas del barrio. Amigos, conocidos de unas o de otras. Fiesta.

Tres vodkas con naranja y dos canciones lentas. ¿O fueron tres? Tal vez cuatro contando el *Too Much Heaven* de los Bee Gees. Luego dos semanas pensando, preocupada: «Tal vez he sido fácil. Demasiado fácil. Soy demasiado joven. Diecisiete años. He sido fácil. Lo sabrán todos, se enterarán todos. ¿Y si me llevo a quedar embarazada? ¿Y si llegan a saberlo mis padres? La primera de mis amigas en hacerlo. La primera en darme un lote y la primera en hacer-

lo. Igual se corre el rumor: "Teresa es chica fácil, a la primera". Soy idiota. Soy tonta. Mira como Julián venía preparado con un preservativo... No vino a por mí, seguro. Venía a por cualquiera, la que cayese. Yo he sido la fácil.

»Cuatro meses con el novio anterior sin dejarme casi meter mano, lo justo, y ahora al primer beso, la primera vez. Sí, he sido fácil. Diecisiete años son pocos. La primera de todas...».

Suenan los primeros compases de *The Logical Song*.

—¿Bailas?

—Bueno, no sé decir que no con esta canción. Me encanta Supertramp.

*Won't you please, please tell me what we've learned  
I know it sounds absurd, but, please tell me who I  
am, who I am, who I am...*

Estas fiestas le producían a Teresa un vértigo emocional intenso. Las adolescentes ponían a prueba su atractivo, sus armas, su capacidad de seducción. No era una chica exuberante, de esas que apabullan por sus pechos, su melena rubia y sus tacones, como las que se subían en la moto del hermano de Ana. Ella era resultona, atractiva, sabía sacarle partido a su figura menuda y bien proporcionada. El equilibrio y la simetría de su rostro le daban mayor encanto al conjunto del cuerpo. Su pequeña nariz respingona y su pelo moreno habían propiciado que en el colegio, en los primeros años escolares, le pusieran el mote de Monita. Más tarde, con el pase televisivo de *El planeta de los simios*, fue sustituido por el de Zira.

—Chicas, ¿visteis ayer el culito de Charlton Heston? —apuntó Ana—. Menuda cara puso mi madre. «No sé si la niña debería ver estas películas», le dijo a mi padre. Debe de creer que tengo seis años. Pero ella no le quitaba ojo. Por cierto, no me digáis que la doctora Zira no se daba un aire con Monita.

Y lo que comenzó como un chiste acabó por consolidarse como mote: Zira. Y ya se sabe lo que ocurre con la cosa de los motes, que una vez que se ponen no hay quien se despegue de ellos. Así que Teresa se fue acostumbrando a lo de Zira, y hasta lo acabó encajando con cierta gracia, con cariño incluso. Lo más endemoniado era tener que andar siempre dando explicaciones sobre el origen del mismo.

—¿Por qué te llaman Zira tus amigas?

—Cosas del colegio.

—¿Es tu apellido?

—No, qué va.

—Es curioso, en el colegio siempre nos llamamos por los apellidos, incluso cuando salimos de copas. Yo para todos soy Valcárcel, nadie me llama Julián.

—Las chicas somos diferentes.

Julián era como ella, pero en chico. Menudo, de estatura media, delgado. Agradable, de rostro amable, simétrico. Pero si destacaba por algo era por su educación, su mimo hacia las chicas. «Por favor, pasa primero... Te invito... ¿Quieres algo?... Si tienes algún problema... Si necesitas algo me llamas.» Y les abría la puerta de los sitios, y les ayudaba a colocarse el abrigo. Y eso les gustaba a las chicas. Teresa no había reparado especialmente en él, aunque tampoco lo ignoraba. Formaba parte de la lista sentimental de chicos del barrio sin novia. Libres, disponibles, pero también bajo la etiqueta de menos interesantes. Los interesantes solían estar siempre pillados.

Finaliza la canción de Supertramp.

—¿Te apetece seguir?

Cuando un chico pedía a la muchacha que siguiera bailando tras una primera canción, era que perseguía algo. Teresa sabía que decir «no», cuando en el fondo se quería decir «sí», acentuaba el deseo del pretendiente, pero tenía sus riesgos: que no te lo volviera a pedir en toda la noche.